



Regulación legal del trueque

Tal como han expresado los informantes clave consultados, el trueque es un formidable mecanismo de integración social especialmente para épocas de crisis como la actual y, habida cuenta del extraordinario desarrollo que esta forma de intercambio ha tenido en los últimos años, se necesita algún tipo de regulación legal que establezca derechos y obligaciones tanto para los “prosumidores” como para los nodos.

En los últimos tiempos han surgido críticas respecto del funcionamiento de los llamados “clubes del trueque”, que pueden resumirse esencialmente en las siguientes consideraciones: se objeta por parte de pequeños y medianos comerciantes que, mientras ellos están sujetos y obligados al pago de impuestos nacionales o provinciales y tasas municipales, los nodos funcionan libremente y están exentos de tributación alguna; el otro reparo que comúnmente se hace radica en la falta de control bromatológico adecuado que garantice la salubridad de los productos alimenticios que se intercambian, dado que, más allá de la apelación a la responsabilidad de los prosumidores, no hay una legislación específica aplicable a los “clubes de trueque” y de esta forma se pone en juego la salud de la población, por lo que el Estado no puede sustraerse de su obligación indelegable de velar por la misma; en consecuencia, existe la posibilidad de que aparezcan intoxicaciones cuya responsabilidad recaerá inexorablemente en los prosumidores y los clubes o nodos; una preocupación similar merece la necesidad de delimitar la responsabilidad civil, tanto por la calidad como por la existencia de vicios redhibitorios de los productos que son intercambiados.

Estas inquietudes, muy sucintamente expuestas, han dado origen a distintas iniciativas legislativas tanto en el orden nacional como en el de la Provincia de Buenos Aires, destinadas a establecer pautas de regulación legal para que las principales objeciones al sistema de trueque puedan ser superadas. En tal sentido, resulta ilustrativo reseñar algunos de los proyectos de ley presenta-

dos tanto en el Congreso de la Nación como en la Legislatura Provincial.

Al momento de la edición de este Informe no existe ley nacional que regule la actividad del trueque. Ello no obstante, el legislador ha manifestado su preocupación a través de distintos proyectos de ley.

El Proyecto de Ley de la Diputada María Teresa Ferrín establece la autorización y control de la actividad del trueque a través del Ministerio de la Producción de la Nación – Secretaría de la Pequeña y Mediana Empresa y Desarrollo Regional. Responsabiliza al Poder Ejecutivo Nacional por la emisión de los bonos o vales-créditos, imponiendo la obligatoriedad de que los mismos cuenten con mecanismos de control y seguridad para evitar falsificaciones. Condiciona el funcionamiento de los nodos o clubes de trueque a que los mismos optimicen los vales emitidos por el Poder Ejecutivo Nacional.

El Proyecto de los Diputados Nacionales Carlos Larreguy, Hugo Cettour, Julio Solanas, Norma Pilati, Tomás Pruyas, Víctor Sisterna, Dante Elizondo y Guillermo Amstutz declara de interés nacional las actividades de la Red Global del Trueque; establece las bases jurídicas e institucionales para el ordenamiento, promoción y fomento de las Redes de Trueque; define las condiciones que debe reunir el “nodo” y el prosumidor; define la relación jurídica entre las redes de trueque y sus asociados, consignando que las mismas son de naturaleza asociativa e incompatible con las contrataciones de carácter laboral, civil o comercial; finalmente, fija los deberes de las redes y las obligaciones y los derechos de los prosumidores. En los fundamentos del Proyecto se destaca que existen más de 300.000 clubes de trueque o nodo en la República Argentina, y cita los ejemplos de países de Latinoamérica donde hay antecedentes de clubes de trueque, en particular, Brasil, Uruguay, Chile, Ecuador, Colombia, Venezuela y Bolivia. Como dato destacable, vale consignar que en la exposición de motivos o funda-

mentos se equiparan las obligaciones nacidas por el trueque a las contenidas en los artículos 724 y 779 del Código Civil.

Existen además otros proyectos legislativos, como los suscriptos por los Diputados Miriam Curletti, Gerardo Morales y Eduardo Amoró. Esta iniciativa legal, al igual que el proyecto citado con anterioridad, define a los prosumidores y al trueque, calificando las características del trueque directo y el “multirrecíproco”. Tipifica el sistema de derechos y obligaciones de sus miembros, exime al intercambio de bienes y servicios de todo impuesto y hace radicar en la Inspección General de Justicia, en el caso en que los clubes y redes requieran personería jurídica, la obligatoriedad de inscribirse ante ella con un trámite simplificado. También puede citarse el que reconoce la autoría de los Diputados María Perceval, María Castro, Carmen Gómez de Bertone, Sergio Galla, Mabel Caparrós y José Amayans. Este proyecto establece el marco normativo de regulación del sistema nacional del trueque, fijando su naturaleza y caracteres, definiendo qué debe entenderse por crédito o vale, determina la organización del sistema y crea el registro nacional de créditos de trueque en el ámbito del Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social.

Asimismo en el ámbito de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, la regulación legal del trueque ha sido objeto de similar preocupación. En este sentido y con estado parlamentario, merece consignarse el proyecto de la Diputada Mirta Adobbati, cuyo artículo 1º hace mención específica al Desarrollo Humano: el proyecto “establece las ba-

ses jurídicas e institucionales para el ordenamiento, promoción y fomento de las redes de trueque. Precisa, además, sus fundamentos conceptuales y metodológicos, sus objetivos estratégicos, generales y específicos, sus roles y funciones y su organización institucional. Trata de la promoción del desarrollo humano en una economía sustentable, de su dirección y supervisión y de su funcionamiento como sistema integral e integrado”. El artículo 2º define a las redes de trueque, al prosumidor y al crédito o vale. El título II está referido a la organización y funcionamiento de las redes de trueque y el III regula los derechos y obligaciones de los prosumidores. Los fundamentos hacen mención a la importancia del trueque como mecanismo de solidaridad, de inclusión social, y a la relevancia en términos de actores involucrados. Así, se manifiesta que 250.000 familias están vinculadas en este fenómeno “socio-cultural-productivo, y 100.000 personas en forma indirecta, de las cuales 175.000 y 70.000 respectivamente habitan la Provincia de Buenos Aires”. Es interesante destacar que la autora del proyecto estima que el volumen de intercambios generados por el trueque es de entre 1.600 a 2.000 millones de pesos anuales.

La expansión del mecanismo del trueque, demostrativo por otra parte de la crisis socioeconómica que sufre todo el país, en tanto la moneda solidaria de intercambio no sea reemplazada por el dinero, tornará cada vez más necesario que el Poder Legislativo establezca normas para este mecanismo de transacciones que, como se ha visto, tiene innumerables connotaciones jurídicas y sociales.

LA ECONOMÍA POPULAR

Roberto Fernández
Universidad Nacional de Mar del Plata
Centro de Investigaciones Ambientales

La relación 50–30–20 marca con simple crudeza la situación social argentina: el 50% de la población es *pobre*, el 30% *desocupada* y el 20% *indigente*, en un país que exporta alimentos para sustentar a 350 millones de personas. No es por tanto casual que una nueva economía emerja de las ruinas de la anterior, tan insustentable y cada vez más injusta ante la pavorosa impotencia del Estado. El SIEMPRO, un programa oficialmente dependiente de la Presidencia de la Nación, anunció para mayo de este año un 51,4% de pobres, algo más de 18 millones de habitantes, de los que casi 8 millones son indigentes, es decir: no les alcanza para un mínimo de alimentación. Sin embargo, un dato más grave es el de la velocidad del retroceso social: esa entidad calcula que algo más de 20.000 personas se convierten en pobres cada día que pasa; de los que más de 16.000 directamente caen cotidianamente en la indigencia. También es dura la distribución de la pobreza según la edad: dos de cada tres personas menores de 18 años son pobres en la Argentina, y uno de cada esos dos es indigente.

En marzo de este año, 3 millones de argentinos pertenecían a la *Red global del trueque*, un esquema que imaginó Horacio Covas, un vecino ecologista de Bernal y sus amigos del barrio, en 1995, y que hoy derivó a réplicas en una decena de países de la región e incluso un reciente *nodo* (así se llaman los clubes que nuclean a los *prosumidores*, neologismo que mezcla productor y consumidor) en

Barcelona. A pesar de no ser un invento argentino –es una derivación de las críticas a la economía capitalista que hiciera el alemán Werner Onken y que motivó el surgimiento europeo de las agrupaciones llamadas *LETS*–, en el país ya funcionan 6.000 nodos o centros de trueque, y siguen creciendo casi a dos docenas de nuevos grupos cada día. El Informe sobre Desarrollo Humano en la Provincia de Buenos Aires registraba a principios de 2001 casi 80 nodos en Mar del Plata y unos 120 en el área del Sudeste, con unos 400 prosumidores de promedio cada uno, cifras que hoy deben haberse más que triplicado.

Ventajas y problemas de los clubes de trueque

LETS quiere decir *local employment and trade system* (sistema local de trabajo y comercio); sus creadores ingleses y canadienses pensaban en un nuevo orden que pudiera concretarse al margen de la abstracta economía global: en la ciudad británica de Stroud, una de las pioneras, funciona una moneda de intercambio llamada precisamente *stroud*, que tiene un valor único para regular las transacciones y a su vez, para medirlas por su *quántum* de trabajo, siguiendo de paso la crítica económica que esgrimiera el alemán Arno Peters, uno de los más duros críticos de la desnaturalización del valor del trabajo.

En Argentina no sería raro que hacia fin del 2002, una quinta parte de la población funcione íntegramente dentro de este régimen, lo cual, si bien representa una salida digna frente a la emergencia, no deja de revelar el fracaso del Estado como garantizador de un piso social de nivel de vida, y también un grado casi desesperante de funcionamiento de la economía convencional.

Tres cuartas partes de las personas que van al trueque están desocupadas y afirman además depender de tal sistema para obtener la alimentación mínima diaria: 3.500 toneladas diarias de comida circulan por este sistema. Lo cual no deja de tener una serie de inconvenientes, desde la calidad sanitaria de los alimentos producidos e intercambiados, hasta la dependencia que la producción de éstos tiene respecto del mercado formal que provee los insumos básicos, como la harina o el azúcar. La impensada evolución de los nodos ha derivado así tanto en cubrir el financiamiento para la compra de esos insumos, hasta el otorgamiento de créditos a PyMEs para que puedan volver a producir cosas que luego volverán al circuito del trueque, como ocurrió hace poco con una fábrica mendocina reabierto de esta forma.

Hasta dónde seguirá el sistema no se puede saber, aunque ya se advierten dificultades como la falsificación de los *certificados* –la moneda específica– que regulan los canjes de productos y servicios, para lo cual pronto funcionará una

impresora norteamericana de esos papeles. Ya hay decenas de municipios que participan del trueque, que aceptan esos bonos como pago de impuestos, que devuelven a su vez al sistema en pago a proveedores o empleados, lo que en cualquier caso también revela la necesidad de los estados municipales de asegurar su liquidez por cualquier medio.

Formas de la economía popular

Hay también otras evidencias del desarrollo de las *economías populares* –como las llamó José Luis Coraggio, un destacado economista político argentino hasta hace poco Rector de la Universidad Nacional de General Sarmiento y uno de los primeros investigadores e impulsores de esta dinámica–, como las políticas de promoción habitacional regenteadas

por la Fundación Fudaviv –impulsada por el arquitecto Carlos Ricur–, que hace diez años que trabaja en la zona oeste del AMBA entregando mini créditos de 1.000 a 2.000 pesos más un asesoramiento técnico gratuito para soluciones habitacionales: ya repartió unos 10 millones de pesos y tiene una cobrabilidad del 96%.

Esta versión autóctona del *Banco de los Pobres* –el Grameen, que funciona desde hace dos décadas en Bangla Desh y desde donde se ha difundido a casi todo el mundo subdesarrollado– representa otro de los canales por lo que se formaliza lo informal de lo popular, más bien como consecuencia de una creatividad exigida por la crisis de inédito rigor en los sectores que sufren carencias.

Siempre pensamos que estábamos lejos de esa situación y de las alternativas que otros países de la región ponían en marcha hace rato: así, la política habitacional chilena (de créditos básicos para vivien-

das mínimas, dinero emergente de los fondos de pensión) hoy roza para nosotros el carácter de utopía inalcanzable, visto el destino lúdico-financiero a que se asignaron los fondos de las jubilaciones privadas. En cambio, los *mercados populares de materiales* que en Lima, hace mucho tiempo, sustentan la posibilidad de atender necesidades de autoconstrucción, quizá deban ser de las políticas que se deben mirar para ayudar, como en las redes de trueque, si no a suplantar lo que el mercado margina y el Estado desatiende, al menos para mitigar la ausencia de horizontes en el grado impudoso de pobreza que nos asiste.

La *economía popular*, hija de las circunstancias y lejana de las teorías de los *gurúes* de Chicago –y del Microcentro porteño–, no refleja nuestra ilusión legítima de progreso desaprovechado por dirigencias incapaces, pero tal vez ayude a templar el cuerpo social para una maduración que reconstruya la República.

TRUEQUE : UNA RESPUESTA DE EMERGENCIA ANTE LA CRISIS

Jorge Marchini

Universidad de Buenos Aires

Grupo de Investigación Interdisciplinario sobre Economía de Emergencia

La crisis económica y social de Argentina no sólo conmueve por su dimensión, sino también por sus características y vertiginosidad. La mera observación de indicadores de caída de actividad, desempleo, pobreza y marginación no pueden reflejar en realidad condiciones cotidianas terribles que conlleva la vida para millones de personas en la Provincia de Buenos Aires.

Aun pudiendo ser factible establecer comparaciones y relaciones, el desmoronamiento tiene características inéditas que deben ser precisamente comprendidas a efectos de dimensionar no sólo su extensión, sino también su precipitada dinámica, su impacto y, sobre todo, las alternativas para su superación.

En los centros urbanos, cuya referencia básica de integra-

ción tanto para el trabajo como para el consumo se refiere en épocas normales a la diversificación de actividades, el intercambio en el mercado concentra más del 90% de la población bonaerense. El progresivo fenómeno de urbanización asentado a lo largo de varias generaciones ha conllevado un enorme cambio cultural y en el uso del espacio, e inhibe en la actualidad objetivamente la vuelta simple ha-

cia una “economía de subsistencia” en la cual la auto-producción (la imagen de la pequeña huerta o el gallinero, el tejido y la costura hogareña fueron fiel reflejo de ello) o aun el regreso a países o regiones de origen.

Muy probablemente por la falsa creencia en que las crisis económicas en un país con las cualidades naturales y productivas como Argentina no podrían alcanzar niveles de indigencia y marginalidad que se observan abrumadoramente en la actualidad, el país no desarrolló extensivamente en épocas de mayor prosperidad mecanismos preventivos anti-cíclicos para morigerar los efectos negativos de períodos recesivos, tales como seguros al parado o al desempleo.

A las consideraciones indicadas debe sumarse el límite impuesto al rol supletorio del Estado para intervenir sobre problemas sociales generalizados por la propia desestructuración funcional provocada por políticas liberalizadoras, la gigantesca quiebra financiera y la desarticulación o limitación de los presupuestos públicos, tanto en el nivel nacional y provincial, como en el municipal, para abarcar y revertir una desarticulación social tan acelerada y extensiva.

Auge y reestructuración

Ante una situación desesperante y sin perspectivas de reinserción inmediata en la economía formal, se observó la multiplicación de una forma simple de intercambio de “oferta” y “demanda” sin uso de moneda –existe sí una “moneda” de uso dentro del propio sistema de “créditos”. En un marco enormemente crítico se verificó a lo lar-

go de la segunda mitad del 2001 y primeros meses del 2002, en forma paralela a una precipitada desarticulación laboral y social, el auge de la extensión y participación popular en las redes del trueque. De convocarse en la Provincia a fines del 2000 a 150.000 personas en alrededor de 250 puntos de encuentro, pasaban ya en plena crisis a reunirse más de 1.300.000 concurrentes en forma regular en alrededor de 2.800 nodos, como se los denomina dentro de las redes. Más de un tercio de la población de Buenos Aires ha estado en forma directa o indirecta ya vinculada al trueque.

De todas formas, aún reconociéndose que el trueque pudo cumplir en lo inmediato una función supletoria, encontró en particular en las zonas urbanas rápidamente límites de abastecimiento para conformar las expectativas de satisfacción de las necesidades básicas de las familias participantes, debido a:

- La existencia de una comprensible tendencia inicial al desarrollo masivo de actividades de intercambio y no producción. Bienes y productos llegaron a los nodos, o bien del despojamiento de tenencias acumuladas en etapas anteriores más prósperas, o en forma directa o indirecta de la economía de mercado –tal vez mediante el uso de ahorros o de los pocos pesos disponibles. Los nodos concentraron una masiva oferta de artesanías, ropa usada o nueva, aparatos o herramientas, pero no tanto de alimentos.
- Los nodos pudieron concentrar en forma inmediata un enorme espectro de ofertas e intercambio de servicios personales, técnicos y profesionales, comenzando a canalizar

en forma útil capacidades necesarias demandadas y valoradas entre los propios concurrentes que habían sido marginados ante la vertiginosa caída de la economía formal, pero en una medida crecientemente menor, otras necesidades básicas materiales de los hogares.

- En relación a los alimentos, se observó en un principio una mayor presencia de productos caseros elaborados (por ejemplo, pizzas y tortas), con calidad dispar y utilizando materias primas e insumos accesibles únicamente en el mercado con dinero (harinas, huevos, etc.), comprados en forma individual sin coordinación o complementación grupal, pese a ser el dinero cada vez más escaso.
- En cuanto a los alimentos frescos, en particular frutas y verduras, comenzó en poco tiempo a verificarse en las ciudades una cada vez más limitada oferta, debido a los límites impuestos por la dependencia del número reducido de productores rurales.

La falta de abastecimiento de productos básicos, con la paralela insatisfacción provocada por la incapacidad de compra de los “créditos” y la inflación por desabastecimiento, fueron el motivo central de la caída de la concurrencia en un 50% luego del período de explosivo auge. Se sumaron también las denuncias de falsificación y las sospechas de inyección desmedida de papeles-créditos que degradaron rápidamente la credibilidad del sistema de participación masiva, en una época plena de desconfianza y frustración con formas tradicionales de organización y liderazgo: el intercambio debe reconocer el valor del esfuerzo de los participantes.

Unir al intercambio la producción y la participación

Los organismos y programas que brindan colaboración y asistencia a sectores marginados o desplazados se basan en la premisa de que es preciso poner énfasis centralmente en “hacer volver al mercado a los desplazados”. De todas formas, debe reconocerse que cuando el colapso social y económico alcanza el nivel que se observa y aún tiende a agravarse, el camino de vuelta rápida a la economía formal de intercambio no puede ser simple, ni tampoco es lógico pensar que será inmediato.

Los planes de ayuda y asistencia tienen un rol fundamental en la emergencia, pero no pueden ser suficientes. Por lo pronto, el “asistencialismo” no cubre déficit gigantesco que deja una sociedad desencajada, por la falta de recursos públicos y también porque no es capaz de recrear la dignidad y el valor del trabajo, no sólo para quienes lo tienen, sino también y en especial, para aquellos que son marginados.

Es preciso entonces pensar también alternativas y mecanismos de organización, trabajo, alivio, reinserción y apoyo educativo, cultural y social, que se basen en la iniciativa y el esfuerzo de los propios afectados. La aparición masiva del trueque ha sido objetivamente una primer respuesta a

ese desafío. Su retroceso circunstancial, por cierto no reemplazado por otras formas de organización social, debe servir para realizar un balance de sus deficiencias, pero sobre todo para plantear una nueva etapa, con nuevos y mayores desafíos.

Aspectos centrales que deberán ganar mayor atención

- El propio sistema del trueque: apuntando a conocer condiciones de oferta y demanda de productos y servicios y lograr una base informativa sistematizada, de forma de poder reconocer capacidades y potencialidades de complementación de zonas y capacidades de producción, y a partir de ello, apuntar a que los “nodos de intercambio” se conviertan, de una manera eficiente, racional y conveniente, en “nodos de producción e intercambio”.
- Las relaciones de la economía del trueque con la economía de mercado: a partir del relevamiento y el intercambio, establecer matrices básicas de insumo-producto y un sistema informativo integrado, no sólo individual, sino también entre nodos de producción y trueque, de forma de poder mejorar y racionalizar las vinculaciones con el mercado (clubes

de compra para insumos, herramientas, etc.); promover capacitación y alternativas productivas y de comercialización de bienes y servicios viables para lograr o complementar capacidades de ingreso en el propio sistema de trueque y en el mercado.

- El estudio del fenómeno social, educativo y cultural: los clubes del trueque no deben ser exclusivamente analizados desde una perspectiva económica, sino también como un rico escenario para la promoción de nuevas y positivas instancias de vinculación y participación comunitaria.

Por cierto que la vuelta a través del trueque a una “economía de subsistencia”, no es en sí misma la solución o la alternativa integral para el insoslayable desarrollo social y productivo. No es posible pensar que una economía esencialmente urbana y altamente compleja pueda organizarse a través del trueque. De todas formas, los clubes del trueque pueden rescatar muy rápidamente valores de participación y cooperación presentes también en la historia un poco olvidada en los últimos años (mutualistas, cooperativas, cooperadoras escolares, uniones vecinales, sindicatos, sociedades de fomento, etc.), y dar impulso en un momento tan grave como el actual a la imprescindible necesidad de cada familia de lograr con el esfuerzo y la solidaridad el pan de cada día y el impulso a la esperanza.

CLUBES Y REDES DE TRUEQUE EN LA ARGENTINA: REFLEXIONES SOBRE LA ECONOMÍA SOLIDARIA

Heloísa Primavera
Facultad de Ciencias Económicas
Universidad de Buenos Aires

Estas reflexiones tienen el propósito de analizar la evolución de los clubes y redes de trueque en la Argentina, desde su origen y su desarrollo durante siete años, hasta su crisis reciente, para rescatar la posibilidad de reformularlos como forma de la economía solidaria, capaz de construir nuevas relaciones entre el Estado y la sociedad civil.

Separar la paja del trigo

El retorno a la democracia en 1983 generó la expectativa de rescate del modelo de país igualitario que supo ser la Argentina y que vendría de la mano de un Estado responsable acompañado por una amplia participación popular y ciudadana, capaz de reconquistar el proceso de desarrollo económico y social bloqueado por el régimen militar. Sin embargo, en los años '80, la Argentina –al igual que los demás países de América Latina– experimentó lo que se conoce hoy como la “década perdida” para ambos procesos, debido principalmente al fuerte ajuste estructural impuesto por los organismos de crédito multilaterales: desregulaciones, descentralizaciones y privatizaciones condujeron al efecto contrario al que se buscaba. Además, a esta primera le siguió una segunda década perdida y la región en su conjunto entra al tercer milenio en un alarmante estado de empobrecimiento creciente, inédito en

su historia. América Latina lleva hoy el triste récord de ser la región más desigual del planeta y la crisis argentina se ha vuelto paradigma de la paradoja de cómo un país estructuralmente rico, deviene pobre en tan poco tiempo...

La primera explicación causal suele recaer, en general, directamente sobre la política, y sería ocioso en estas reflexiones ahondar en ello, no porque no creamos en la responsabilidad de las dirigencias políticas, sino porque creemos que la explicación no alcanza para comprender las transformaciones ocurridas en las dos últimas décadas e incluir las demás responsabilidades en el reparto total. Lo que sí creemos es que es absolutamente necesario *cambiar el rumbo* de las explicaciones fáciles e intentar buscar en otros horizontes, donde la complejidad de las crisis y el carácter sistémico de los procesos sociales en estos tiempos de globalización encuentren *brechas realistas* de salida, respetuosas a la vez de los valores democráticos en su construcción.

Comprender hoy lo que pasó en la evolución de los clubes y redes de trueque, aunque parezca algo muy acotado, forma parte de la tarea mayor que tenemos por delante: *aprender a separar la paja del trigo*, para ver más allá de lo que parece ser, para no creer en lo que se ve a primera vista. Es éste al menos el sentido de las ideas que siguen, como parte del ineludible proceso de hacernos cargo de la reconstrucción de la Argentina en

que queremos vivir y que queremos dejarles a las generaciones que nos seguirán.

Hacia 1995, al promediar la segunda gestión democrática, gran parte de las clases medias argentinas que eran el soporte tradicional del crecimiento económico, empezó a experimentar un gradual y sostenido proceso de empobrecimiento y exclusión del sistema social. Emerge la categoría sociológica de los “nuevos pobres”, al mismo tiempo que se empiezan a registrar varios tipos de movimientos de resistencia y protesta en distintos puntos del país, conformados por subempleados, desempleados e indignados, manifestados de forma muy variada y heterogénea. Ese proceso puede ser visto como una búsqueda de alternativas de organización de la sociedad civil para enfrentar el desempleo creciente y la escasez de dinero. Entre estas, una de las formas innovadoras que se difundió mundialmente como el “milagro argentino” fue el intercambio de bienes y servicios, en numerosos pequeños grupos interconectados, sin intervención de dinero.

Así es como nace en Bernal, Provincia de Buenos Aires, el 1° de mayo de 1995, el primer Club del Trueque: una veintena de vecinos nucleados alrededor de un grupo ecologista local, que interpretó que la crisis podía ser enfrentada con la movilización de recursos ociosos de personas desocupadas o subocupadas y el intercambio múltiple entre ellas. Si bien recientemente

te los fundadores han reconocido que empezaron con la clara intención de hacer un negocio similar al *marketing* de multinivel en boga en aquella época, en poco tiempo los grupos se apropiaron de la idea y el “negocio” se transformó en un involuntario muro de contención social. Así fue como, a partir de aquel primer grupo, en pocos meses, por simple comunicación boca a boca, se crearon nuevos “clubes” y en pocos años, por la necesidad que presionaba cada vez más fuerte de afuera y el empuje militante de los que conocían la idea, desde adentro, el sistema se desplegó cuantitativa y cualitativamente, poniendo en evidencia un modo de reactivación económica y reconstrucción de tejido social desconocidos hasta entonces.

La implantación de esas nuevas prácticas –sociales, económicas y luego políticas– tuvo, al menos, dos efectos relevantes:

- potenciar recursos y capacidades básicas de personas y grupos, desaprovechadas hasta entonces; y
- poner en evidencia la deficiencia de un sistema monetario como parte de una política económica destinada a acrecentarse en el mismo sentido de concentración de la riqueza.

Un primer rasgo distintivo para comprender el desarrollo de los clubes y redes de trueque en Argentina, frecuentemente pasado por alto, es recordar que la experiencia nació en un contexto de *clase media en vías de empobrecimiento*, circunstancia que explica, al menos en parte, el crecimiento explosivo del modelo, a diferencia de lo que pasó en países donde las primeras iniciativas se dieron entre los sectores de más bajos ingresos. Es el caso, por ejemplo, de México y Ecuador, donde las iniciativas aparecen casi simultáneamente,

pero no logran multiplicarse al punto de hacer impacto en las políticas de generación de trabajo y renta. Así se comprende también por qué la primera etapa de crecimiento en Argentina fue relativamente lenta y geográficamente acotada: cada sábado el grupo de vecinos se reunía para intercambiar distintos productos y servicios básicos, como alimentos frescos, muchas veces traídos de sus casas, alimentos preparados, ropas nuevas, artesanías variadas, pero muy pronto se incluyeron servicios variados, como los servicios de reparación para el hogar (electricidad, plomería, albañilería, pintura, decoración), peluquería, atención médica, etc. Aunque se denominó Club del Trueque, desde el primer momento no se trató de “trueque” directo, sino de un sistema de intercambios múltiples, en el cual cada persona tomaba lo que necesitaba, independientemente de tener que hacer coincidir su oferta con el otro. Y su *composición social eminentemente de clase media* no fue sin importancia para el desarrollo de las redes, puesto que había posibilidad de ofrecer muchos servicios y productos de alto valor agregado. En lugares de nuestro país donde los involucrados eran de sectores muy postergados, el fenómeno fue mucho menos espectacular y mucho más rehén de los mecanismos nada solidarios del capitalismo salvaje.

Una segunda característica de los clubes de trueque locales fue su sistema de contabilización de las operaciones. En un primer momento, se registraban los valores correspondientes a los productos o servicios ingresados y egresados en una planilla centralizada y una tarjeta personal, de tal modo que cada persona se retiraba con un saldo deudor o acreedor, con el compromiso de regresar la semana siguiente para que el saldo se acer-

cara siempre a cero, es decir, que no hubiera excesos de un lado ni de otro. Cuando el grupo creció a alrededor de 50 personas, las operaciones se hicieron cada vez más engorrosas para los promotores del sistema, por lo cual hacia 1996 deciden innovar la metodología con la introducción de un *bono* o vale de intercambio, que denominaron “crédito” para significar que la “confianza en el otro” era el pilar del sistema. Estos bonos fueron en un primer momento locales, cada Club estaba a cargo de su impresión y distribución, pero cuando se constató la posibilidad de incrementar las operaciones frecuentando distintos clubes, se acordó un mecanismo para que pudieran ser utilizados en las distintas regiones que mantuvieran las mismas condiciones de emisión, distribución y control. Se puede considerar que tal fue el origen de la primera Red de trueque. A partir de entonces, los clubes empezaron a llamarse Nodos si estaban conectados a otros, utilizando generalmente los mismos bonos.

Lo que nos interesa aquí es poner el énfasis en estos dos aspectos casi centrales: el origen en las *clases medias* y el uso de un *bono de intercambio* descentralizado, que proveía de autonomía y poder de decisión a los grupos participantes. Así fue como se pasó de 23 personas a más de dos millones, en menos de seis años. Lo cual explica que, en plena crisis mundial del empleo, el “milagro argentino” sea mirado con asombro, desde los dos hemisferios: en el año 2002, los clubes se estiman en diez mil y los involucrados en las actividades del “trueque” en más de cinco millones en todo el país. Pero, a partir de abril de 2002, sobreviene una brusca crisis y *el sistema se colapsa*, principalmente en las grandes concentraciones urbanas. Como en los años treinta –en el *crack* de la Bol-

sa-, se trata de una crisis de “confianza”: una especie de burbuja “real”, más parecida en nuestros días al temido fenómeno del “riesgo país”...

A partir de ese momento, se empieza a hablar de falsificaciones, de la picardía y la “viveza criolla”, y los que prefieren las macro-explicaciones políticas atribuyen el “caos” a la salida de la convertibilidad, sin preocuparse por la verdad de los hechos al interior de los miles de Clubes y Redes de Trueque diseminados en el país. La prensa—bien intencionada, ingenua u oportunista—acompañó casi siempre esa versión fácil. La academia empezó a interesarse en el tema. Los políticos y gestores de la cosa pública ya no pudieron dejar de lado un fenómeno que ocupa a tantos desempleados y subempleados de todas las regiones del país, principalmente cuando la violencia social parece no tener cauce.

La gravedad de la situación social y el papel que se ha atribuido a los clubes de trueque, tanto desde el Estado como desde la misma sociedad civil, hacen que sea necesario ahondar en los hechos para mejor comprender su crisis, evaluar sus límites y sus posibilidades futuras. Por ello, las reflexiones que siguen apuntan a:

- mostrar que la crisis de las redes de trueque es anterior a la catástrofe de diciembre de 2001 y ocurre, cuando menos, desde un año y medio antes de la salida de la convertibilidad; ésta, posiblemente, la agravó y permitió que sus números se expresaran con mayor crudeza. Por cierto, ella es también una crisis política, pero en un sentido “interno” de las redes de trueque en su conjunto, porque deriva del enfrentamiento entre dos modelos, que hasta entonces convivían más o me-

nos pacíficamente, quizás porque estaban más o menos aislados geográficamente.

- Proponer un re-encuadre de las relaciones Estado-sociedad civil para incluir las actividades de los clubes y redes de trueque como formas de la *Economía Solidaria*, donde, lejos de tratarlas como un eslabón de la economía informal para los que *no alcanzan* a incluirse en la economía formal, ellas sean vistas como una forma solidaria e incluyente de reorganizar la vida social de las grandes mayorías excluidas.

Vale la pena resaltar que, según la percepción de esta crisis sea estrictamente *técnica, política, paradigmática* o de *valores morales y éticos*, así serán las políticas que se diseñarán para enfrentarla. De ahí la necesidad de profundizar no sólo los números globales, sino la historia política y las particularidades de los distintos sistemas al interior del sistema total.

Evolución y crisis del sistema del trueque

Ya en la segunda década del siglo pasado, sistemas de monedas complementarias a la moneda oficial se desarrollaron en distintos países del mundo. Ello ocurrió especialmente en dos tipos de situación: épocas de grandes crisis como la de los años ‘30 y en casos particulares de relaciones laborales que lo posibilitaron. El primero queda ejemplificado con lo ocurrido en Wörgl, Austria, entre 1932–1933, pero también mucho más recientemente, en Campina do Monte Alegre, Brasil, en 1993–1994: son casos que tienen en común haber sido implantados desde el municipio, tener respaldo en moneda for-

mal y haberse mantenido alrededor de dos años en circulación. El segundo, representa *el uso coercitivo* de una para-moneda y un ejemplo bastante conocido en Argentina son los “bonos” de “La Forestal”, empresa que condicionaba el contrato de trabajo al uso de ese instrumento, que los empleados debían utilizar para adquirir productos de primera necesidad, en puntos fijos de comercialización de su misma propiedad.

Como ya fuera explicado en una publicación anterior, “Silvio Gesell, comerciante y economista austro-argentino, es autor de la obra «El orden económico natural por libretierra y libremoneda», en la que desarrolla los lineamientos de un sistema económico alternativo, capaz de evitar la concentración de los medios de producción y financieros, tanto como el carácter errático de la economía, con sus tendencias aparentemente innatas hacia la crisis del poder de compra y del desempleo. Pretendía crear una moneda libre de inflación e intereses. De sus observaciones como comerciante, en Argentina y en Alemania, constató que en ciertas ocasiones su mercadería se vendía bien, rápidamente y a buen precio, y en otras, con mayor lentitud y a bajo precio. Le llamó la atención que esto fuera así. Pronto entendió que estos aumentos y reducciones pocas veces tenían que ver con la demanda o la calidad de sus bienes y casi siempre con el precio del dinero en el mercado monetario. Comenzó a observar estos movimientos y descubrió que la gente compraba cuando las tasas de interés eran bajas y no lo hacía cuando eran altas. La razón por la cual en algunos momentos había más disponibilidad de dinero que en otros dependía de la propensión de los propietarios de dinero a prestarlo: si obtenían por su dinero me-

nos del 2,5% de interés, tendían a retenerlo, provocando disminución en las inversiones. En consecuencia, las empresas quebraban y los puestos de trabajo escaseaban. Si después de cierto tiempo la gente estaba dispuesta a pagar más interés por el dinero, quedaba nuevamente disponible. De esta manera, se originaba un nuevo ciclo económico. Al principio las tasas de interés son elevadas, al igual que los precios de los bienes, pero con el tiempo la mayor oferta de bienes y dinero hace descender las tasas, lo que finalmente desemboca en una «huelga» del capital... Según Gesell, este fenómeno se debe a que el dinero, a diferencia de otros bienes y servicios, puede retenerse prácticamente sin costo alguno. Si una persona tiene una bolsa de manzanas y otra posee el dinero para comprarlas, al poco tiempo el dueño de las manzanas se verá obligado a vender si no quiere perder sus mercancías. En cambio, el dueño del dinero puede esperar hasta que el precio le convenga, pues su dinero no genera «costos de tenencia». Así fue como Gesell propuso diseñar un sistema monetario en el cual el dinero «se oxida», vale decir, se halla sujeto a una «tasa por desuso»: en 1890 formuló entonces una teoría del dinero y de un «orden económico natural» tan alejado del capitalismo y del comunismo como Copérnico lo fue de Tolomeo. Lo central de su teoría sostiene que «en lugar de pagar interés a los que tienen más dinero de lo que necesitan y, con el fin de mantener el dinero en circulación, todo el que posee un excedente en dinero deberá pagar una pequeña tasa si lo mantiene fuera de circulación». En los años '30, los adeptos de la teoría de Gesell tuvieron oportunidades de poner a prueba su proyecto de una «moneda libre» (de intereses), demostrando la validez de sus

ideas. Ello se dio en Austria, Francia, Alemania, España, Suiza y los Estados Unidos. Sin duda, el más exitoso se dio en la ciudad de Wörgl (Austria) entre 1932 y 1933, que la convirtió en fuente de inspiración para los estudiosos de la reforma monetaria. El alcalde pudo convencer a los comerciantes y a la administración de la ciudad que había mucho por ganar y poco por perder si llevaban a cabo un experimento monetario como el que proponía Gesell. Los ciudadanos dieron su consentimiento y el Concejo Económico emitió 32.000 «chelines libres» (chelines libres de interés), respaldados en el Banco por el mismo monto en chelines austríacos ordinarios. La ciudad hizo construir puentes, mejorar la red callejera, los servicios públicos, pagó sueldos y materiales con esa moneda aceptada por los comerciantes y empresarios locales. Los resultados mostraron que en el plazo de un año los 32.000 chelines libres circularon 463 veces, es decir, crearon bienes y servicios por un valor de 14.816.000 chelines, mientras los chelines ordinarios no circularon más de 21 veces. En un momento de dramática recesión, Wörgl redujo el desempleo en un 25%. Cuando empezaron a interesarse por el sistema más de trescientos municipios, el Banco Nacional de Austria consideró que su monopolio corría peligro, por lo cual inició una acción contra el Concejo Municipal para que se prohibiera la emisión de moneda local. A pesar de una larga batalla que llegó hasta la Suprema Corte, ni Wörgl ni otra comuna pudo repetir la experiencia hasta el día de hoy”.

“*La desconocida experiencia de Campina do Monte Alegre.* En realidad, una iniciativa similar fue puesta en práctica en Brasil, en los años '90 por el intendente de Campina do Monte Alegre, Estado

de Sao Paulo, quien, en plena hiperinflación, emitió el «Campino Real» moneda de circulación local, que podía ser «canjeada» en los dos sentidos por la Asociación de Comerciantes local; hubo una larga y sutil negociación política para que ese municipio –con un «estado» casi totalmente privatizado, es decir, con las prestaciones de servicios públicos en manos de cooperativas locales– depusiera, como Wörgl, su actitud «rebelde» y la gente volviera a usar solamente la moneda oficial. El caso reviste un particular interés para las experiencias locales, sin que se hayan publicado a la fecha investigaciones sobre sus resultados e impacto a casi una década de su implantación. Hoy, los estudiosos de las monedas locales, complementarias, plurales o sociales –como las denominamos nosotros– tienen en Silvio Gesell y su teoría monetaria un aliado seguro, un punto de encuentro que todos concuerdan en citar como un precursor que llevó sus ideas hasta las últimas consecuencias y las desarrolló de forma tan accesible que permitió que se plasmaran en experiencias concretas relativamente exitosas. Nos tocó profundizar su obra desde Argentina, del mismo modo que nos toca ahora encontrar formas de resistencia a las desviaciones y expansión a otros horizontes sociales y políticos”.

Más recientemente, a partir de 1982, ideados por Michael Linton, aparecen en Canadá sistemas de intercambio compensado al interior de pequeñas comunidades, que luego migran de Vancouver a Australia y Europa, dando origen a la variada descendencia de la familia de los LETS (que originalmente significa “¡VAMOS!”), según su creador, y no “Local Exchange and Trade Systems” como quieren algunos de sus seguidores); en esas iniciativas, sin duda las más difun-

didadas en el mundo, en general se define un saldo posible mínimo y máximo para el grupo y el sistema se pone en marcha con un doble registro, central y personal, en forma de chequeras o un *software* de compensación. A partir de los años '90, el sistema de intercambios compensados, registrados en sistemas de cheques similares al que se sigue utilizando en los SELs de Francia y las variantes LETS europeas, llega a Ecuador, Perú y Brasil, pero no logra un impacto visible de interés para la política social.

Hacia 1992, el ecologista y planificador urbano Paul Glover, adherente a los LETS de la primera hora, inicia la impresión de billetes destinados a impedir que la "riqueza local se escapara" y los intercambios empiezan a ser hechos con billetes denominados "*horas*" de Ithaca. Se eligió como equivalente de la "hora", el valor aproximado de la hora de trabajo de esa región del Estado de Nueva York. Las "*horas*" marcan así el camino más reciente de las *monedas locales privadas*, destinadas a promover el desarrollo de las comunidades y evitar la fuga del dinero a países de mano de obra barata o producción altamente tecnificada. Se difundieron a más de 700 comunidades en Estados Unidos, gracias a la tecnología de *replicación autónoma* propiciada por el sistema de Glover. Vale la pena resaltar el carácter de *monedas sociales locales* de esas experiencias, la inexistencia de proyectos de *moneda única* y la exigencia de ser cambiada únicamente por trabajo y un riguroso *control social* sobre la emisión, distribución y control de las mismas. Casi simultáneamente, aparecen en México los "Tlalocs" y "tequios", que parten de la filosofía de una nueva Bolsa de "Valores", que sigue vigente en ocasiones especiales pero no logró multiplicarse en

la cantidad suficiente para conformar una masa crítica capaz de atraer el interés de grupos sociales más vulnerables, ni de las políticas públicas. Es interesante observar que los Tlalocs combinan el sistema de Glover con algo del de Linton, porque son billetes, pero firmados por el emisor y el receptor; idéntico sistema es utilizado por uno de los primeros Clubes de Trueque de Río de Janeiro (Brasil), con sus monedas sociales denominadas "tupi" y "zumbi", asociadas a un ecobanco de gestión democrática y transparente.

Como hemos sostenido anteriormente, el primer club del trueque argentino nació en el seno de un movimiento ecologista, con 23 personas en el grupo inicial. Según uno de los fundadores, "cada sábado vivíamos, con entusiasmo pueblerino, el vértigo de reinventar el mercado... Por turno, los socios ingresábamos a un sector donde dejábamos diversos productos, como tartas, empanadas, pizzas, artículos de vestimenta y artesanías, sumándose los créditos en sus respectivas tarjetas. A continuación salíamos, para volver a entrar en el rol de consumidores, descontándose el consumo personal del saldo de la tarjeta. Durante el fin de semana, Horacio y yo nos recluíamos en su casa durante horas para pasar los datos a la planilla de cálculo. Se trataba de una tarea interminable, a pesar de que en ese entonces éramos sólo 60 integrantes".

La forma de registrar las transacciones evolucionó del sistema de tarjetas personales-planilla central (variación sutil de la libreta del almacenero) a una planilla Excel y luego a un bono firmado (similar al que aún persiste en Europa y Nueva Zelanda), y que aquí duró apenas algunas horas, porque empezó a ser transferido a

otras personas, dado el carácter transitivo de la *confianza* que los miembros del pequeño grupo se inspiraban. Fue entonces que nació el bono de intercambio ideado por Rubén Ravera, un museólogo y ecologista integrante del grupo fundador del primer Club del Trueque, quien lo denominó "*ticket trueque*"; a la unidad de cambio se la llamó *crédito* por representar la confianza que los miembros del grupo se profesaban entre sí: podían usarlo como "dinero" en vez de la producción directa, una vez que estaban asociados al sistema como productores y consumidores a la vez. La condición esencial para garantizar el carácter democrático y equitativo del instrumento era que todos recibieran *la misma cantidad y una sola vez*: con eso se formaba la "masa monetaria" que el grupo necesitaba para operar y se mantenían las condiciones de democratización del ensayo.

Durante los primeros meses, los clubes de Bernal, Capital y Olivos formaron los primeros adeptos del sistema, casi siempre confundidos, para la opinión pública, con aquella experiencia de trueque directo de la Placita de Palermo Viejo. No se conocía lo diferencial del sistema, el bono de intercambio denominado "*ticket trueque*" o más comúnmente "crédito". Las innovaciones aparecen en palabras que designan a los socios como "prosumidores" (productores y consumidores a la vez), a los clubes como "Nodos" (puntos de la red), al bono de intercambio como "crédito".

Es a partir del programa televisivo Hora Clave, de Mariano Grondona, en agosto de 1996, que empieza a haber una demanda explosiva de formación de clubes hacia el interior del país. Según uno de los fundadores, éstos "empiezan a tener un crecimiento expo-

nencial, puesto que la crisis de desempleo se acentuaba y no aparecían ideas más eficaces para combatirla”. La zona Oeste bonaerense también empieza a crecer muy rápidamente y a tomar un protagonismo cuantitativo, superando rápidamente a la zona Sur, cuna de la experiencia argentina. Ya se habla entonces de la Red Global de Trueque Solidario, que congrega, sin ninguna relación de dependencia al conjunto de nodos de las distintas regiones; sí, se aceptan doce principios éticos como declaración “constitutiva” de la red.

Los doce principios de la Red Global de Trueque Solidario, vigentes desde 1997 son:

1. “Nuestra realización como seres humanos no necesita estar condicionada por el dinero.
2. No buscamos promover artículos o servicios, sino ayudarnos mutuamente a alcanzar un sentido de vida superior, mediante el trabajo, la comprensión y el intercambio justo.
3. Sostenemos que es posible reemplazar la competencia estéril, el lucro y la especulación por la reciprocidad entre las personas.
4. Creemos que nuestros actos, productos y servicios pueden responder a normas éticas y ecológicas antes que a los dictados del mercado, el consumismo y la búsqueda de beneficio a corto plazo.
5. Los únicos requisitos para ser miembro de la Red Global de Trueque son: asistir a las reuniones grupales, capacitarse y ser productor y consumidor de bienes, servicios y saberes, en el marco de las recomendaciones de los círculos de calidad y autoayuda.
6. Sostenemos que cada miembro es el único responsable de sus actos, productos y servicios.
7. Consideramos que pertenecer a un grupo no implica ningún vínculo de dependencia, puesto que la participación individual es libre y extendida a todos los grupos de la Red.
8. Sostenemos que no es necesario que los grupos se organicen formalmente, de modo estable, puesto que el carácter de Red implica la rotación permanente de roles y funciones.
9. Creemos que es posible combinar la autonomía de los grupos en la gestión de sus asuntos internos con la vigencia de los principios fundamentales que dan pertenencia a la Red.
10. Consideramos recomendable que los integrantes no respaldemos, patrocinemos o apoyemos financieramente —como miembros de la Red— a una causa ajena a ella, para no desviarnos de los objetivos fundamentales que nos unen.
11. Sostenemos que el mejor ejemplo es nuestra conducta en el ámbito de la Red y en nuestra vida fuera de ella. Guardamos confidencialidad sobre los asuntos privados y prudencia en el tratamiento público de los temas de la Red que afecten a su crecimiento.
12. Creemos profundamente en una idea de progreso como consecuencia del bienestar sustentable del mayor número de personas del conjunto de las sociedades”.

En mayo de 1997, la Secretaría de Promoción Social del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires produce el primer acercamiento oficial a ese fenómeno “marginal” y apoya la realización de la Jornada Rioplatense de Trueque Multirrecíproco, que tuvo más de 1.300 participantes, ocasión en la que las Redes de Intercambio de Saber (RedISA) toman contacto con la Red

Global del Trueque Solidario. Pocos meses después, el autodenominado “Consejo Asesor” del Programa de Autosuficiencia Regional (PAR) le propone a los coordinadores de RedISA una “fusión” de metodologías y la creación de un sistema de capacitación “modelo” para toda la red, ya con crecimiento a varias regiones del país, de modo de difundir los principios y multiplicar los clubes con mayor eficiencia. Según los responsables del trueque bernalés, “el sistema de capacitación centralizado no prosperaba, porque ya había mucha resistencia a la «autonomía» de dicho Consejo Asesor en casi todos los grupos activos. A su vez, RedISA decide crear su propio Nodo, que hoy guarda el nombre de Obelisco por una de las ubicaciones que tuvo en la primera época, denominándolo de Capacitación Permanente, para marcar la posición de esa actividad como fundamental para trascender la actividad de las «ferias», apuntando a la creación de una *ciudadanía activa, solidaria y socialmente responsable*, parte de un proyecto más integral e integrador de Economía Solidaria”.

En marzo de 1998, el Consejo Asesor se disuelve y se integra en un nuevo “Grupo Impulsor” que se pretendía abierto y democrático, y que tenía el objetivo de dar a conocer la experiencia desde un lugar fijo en Capital, a la vez que ganar espacio en esa región que venía desarrollando un perfil demasiado opositor al grupo fundador. Por definición, nadie estaba excluido de esas reuniones y podía conocer, preguntar, opinar o proponer lo que quisiera; las decisiones eran tomadas por consenso o votación, utilizándose la técnica de Dinámica Grupal Explícita que se utilizaba en el Nodo de Capacitación Permanente. Por otro lado, en abril de ese mismo año, la Jornada

de Economía del No-dinero había mostrado un colectivo con gran actividad y también alto enfrentamiento al grupo fundador para el grupo opositor siempre presente como “Consejo Asesor” del PAR. En el área metropolitana, las zonas se organizan entonces como Sur, Oeste, Norte y Capital, además de la Región de Mar del Plata. Los demás nodos quedan generalmente aislados y frecuentan más esporádicamente las “asambleas” mensuales que se dan ininterrumpidamente desde 1997, tanto a nivel Zonal como Interzonal, es decir, nacional. En ellas se discutían temas de distinto orden, destinados a contribuir al crecimiento “armónico” de la Red, preservando los principios de la primera hora, propuestos por el PAR y aceptados por el conjunto. Con el tiempo, las diferencias empiezan a ser de “interpretación” de los principios. En agosto de ese mismo año, el GCBA que ya venía apoyando el desarrollo de los clubes de trueque en Capital, y había contratado para ello a cuatro miembros del Grupo Impulsor de la denominada Red Global de Trueque Solidario, organiza la Primera Jornada Nacional de Trueque Multirrecíproco, que tuvo más de 10.000 participantes de distintas regiones del país y del exterior (Uruguay y Brasil). Se estimaban, en esos momentos, un total de 60.000 personas en el país involucradas en los clubes de trueque.

En septiembre de 1998, tres integrantes del Grupo Impulsor de la Red son invitados por el Grupo IGGRI (International Ground Grassroots Initiatives) y el Gobierno de Finlandia, y luego a Bélgica, Holanda y Francia, para mostrar la experiencia argentina. En todos los ámbitos, ésta es evaluada como muy significativa y despierta gran interés, principalmente en instituciones francesas, dado el desarro-

llo polémico de los SELs (Systèmes d’Echange Local) y viaja a Europa para “dialogar” con iniciativas similares. A partir de ese momento, el tema pasa a integrar el área de estudios en Gerencia Social de la Maestría en Administración Pública de la Universidad de Buenos Aires y de otras unidades académicas del país y del extranjero: Holanda, Francia, Bélgica, Canadá, Japón, Dinamarca, Brasil, España.

A mediados de 1999, el grupo fundador, en franca minoría en el organismo de monitoreo de los principios éticos y “legislación” de nuevas normas (Comisión Interzonal) decide “relanzar” el trueque desde Bernal, organizando para ello un operativo denominado Franquicia Social, según el cual la reproducción del modelo estaría *exclusivamente* a cargo del “grupo fundador”, instalado en el nuevo Nodo La Bernalesa. El Grupo Impulsor no se disuelve formalmente, por lo cual sus integrantes siguen usando esa misma denominación para replicar el sistema a otras zonas del país. Durante todo el período 1999–2000, las discusiones al interior de la Comisión Interzonal no logran zanjar las diferencias entre el “Consejo Asesor” y el grupo colegiado, centradas éstas en dos puntos de conflicto: por un lado, la interpretación de los “principios” aceptados por todos hasta entonces y las prácticas del grupo fundador, consideradas “desviadas” por la mayoría de los grupos; y, principalmente, las diferencias de prácticas en relación a los balances mensuales de las Zonas, nunca presentados satisfactoriamente por el “Consejo Asesor” del PAR. Para todas las regiones (Capital, Norte, Oeste y Sur, ya dividida), los balances no trataban sólo de reportar *cuánto* se había emitido, sino principalmente *cómo* se habían distribuido y controlado los créditos hasta ese momento.

En septiembre de 2000, uno de los integrantes del “Consejo Asesor” concurre por última vez a la reunión mensual de la Comisión Interzonal, donde presenta una breve carilla de números sin destino como *balance* de los 4,5 millones de créditos reconocidos como emitidos por el grupo fundador (PAR), el que es rechazado por unanimidad de las zonas presentes. Promete volver al mes siguiente con un balance “más detallado”, pero eso nunca ocurre.

En cambio, el 20 de diciembre de 2000, gracias a la relación personal con un funcionario del Área de Economía Informal de la SEPYME (Secretaría de la Pequeña y Mediana Empresa) del Ministerio de Economía, el grupo fundador logra firmar un convenio con esa Secretaría para promover el trueque en todo el territorio nacional, a través de la recién creada asociación civil AAPAR (Asociación Amigos del PAR). Durante seis meses, tres de los fundadores “asesoran” desde Hacienda en la formación de clubes en todo el país. Muy pronto, el funcionario constata el particular *modus operandi* del grupo, reconoce su equivocación en haber ignorado la existencia del fenómeno a nivel del país y, a los seis meses de actividad, los desvincula de sus puestos, intentando establecer relaciones plurales con el conjunto de regiones del país.

Internamente, desde marzo del 2001, las redes ya son dos: la RGT (Red Global de Trueque) y la RTS (Red del Trueque Solidario). En mayo de ese año, el mismo Secretario ya había hecho público su reconocimiento de la existencia de “varias redes” y se comprometió a estudiar las demandas que pudieran beneficiar al conjunto de nodos y regiones; una de ellas fue una línea telefónica gratuita de acceso a información nacional sobre los clubes de trueque, en cuya implemen-

tación se avanzó, pero nunca se concretó. De todos modos, el país no se enteró, es decir, en el imaginario social ya se había empezado a construir la idea del “arbolito” (como se denomina al bono utilizado por el PAR) como el bono “nacional” o “federal”, engañosamente presentado como el único válido porque tenía el número de CUIT y el teléfono personal de uno de los fundadores, desde su emisión original. En el interior del país, según numerosos testimonios, algunas de las “advertencias” de los representantes “oficiales” de la RGT señalaban que “todos los demás créditos locales o provinciales eran “truchos” y que “los iban a meter presos si se ponían a emitir créditos por su cuenta”. Las prácticas del interior del Nodo fundador se pueden rescatar en testimonios presentes en extractos de una entrevista hecha a tres de los integrantes del “Consejo Asesor” (Revista Veintitrés: “Los que “inventaron el trueque”; hubo una respuesta nuestra publicada en la sección C@rtas). Para comprenderlas, es posible que hiciera falta recuperar de testimonios de los mismos fundadores que su propósito inicial fue “hacer un negocio” similar al de las redes de *marketing* de multinivel a la que habían pertenecido.

Durante el año de bonanza creado por el Convenio con la SE-PYME más la inercia institucional, la difusión de la Franquicia Social se hizo en todo el país, introduciendo una práctica innovadora en la red: en varias operaciones se empezó a utilizar dinero formal, hasta entonces totalmente prohibido en la Red para no caracterizar actividad comercial, en usos variados, para empezar en la misma Bernalesa, el Nodo modelo:

- los 50 créditos se empiezan a vender por \$2 o \$4, según el lugar y el coordinador, inde-

pendientemente de la cantidad de billetes entregados (durante los últimos meses, se llegó hasta la venta de UN solo billete de 50 créditos por \$2 o \$3);

- se cobra \$1 la entrada al Nodo, como “bono contribución”;
- se cobra \$1 el alquiler de espacios fijos para garantizar la estabilidad de la clientela;
- se cobran \$2 el estacionamiento para el vehículo que lo necesitara.

La más innovadora de todas –sin duda– y ajena a las prácticas de la primera hora, fue empezar a vender a cualquiera que lo demandara alcuotas de 50 créditos, cuantas veces se quisiera, es decir, cuantas veces pudieran comprar. Si en los primeros tiempos la “venta” se hacía una sola vez por persona, con control de su número de documento, en medio de la crisis pos–corralito, ella se empezó a hacer indiscriminadamente y existe infinidad de testimonios de tales operaciones.

Es difícil estimar la cantidad de dinero que pudo haber sido recaudado en tales conceptos y su destino, puesto que hasta entonces había varias asociaciones civiles sin fines de lucro que albergaban las actividades de la Red Global de Trueque. Investigaciones que AFIP emprendió a través de la Fiscalía en lo Criminal de La Plata se detuvieron poco tiempo después del allanamiento de las oficinas de La Bernalesa a mediados de Mayo de 2001, operativo en el que habrían desaparecido más de \$90.000 (pesos devaluados) en caja, según denuncia de uno de los fundadores.

Por esa época, la Franquicia Social ya empezaba a producir sus *clones*, no sólo en la producción de bonos de intercambio, sino también como “estilo” de prácticas sociales: empiezan a aparecer distintas “franquicias” en el país, principalmente a partir del Conur-

bano bonaerense, donde se sitúa la mayor cantidad de alumnos, graduados y damnificados. Además de la producción de bonos, una de las más eficientes es el pago de salarios en “créditos”, según testimonios de las más variadas procedencias. Empiezan a retirarse de circulación los bonos locales de otras zonas, con la ingenuidad o connivencia de aquellos que creen hacer un “buen negocio” por cambiar bonos locales (símbolo del desarrollo local autónomo) por sus “bonos nacionales”. Pero ya es innegable que la sobre-emisión ha dado sus frutos: una significativa “inflación” en créditos en las zonas de venta libre, mientras en las zonas cerradas los valores se mantenían relativamente estables.

El operativo mediático también ha hecho lo suyo: para el país “la” red del trueque es la RGT, así como los bonos son los “arbolitos”. La autonomía de las regiones y nodos ya no promueve una defensa de los “otros créditos” y el conflicto se instala en las zonas urbanas de gran densidad de clubes en las que los usuarios tienen acceso indiferentemente a créditos de varias regiones, porque su valor empezó a diferenciarse claramente: empieza a haber “inflación” en las zonas hegemónicas por la RGT y prácticas especulativas de “comprar barato” en las zonas “cerradas” (donde los créditos eran escasos) y vender “caro” en las zonas de venta libre.

Otra populosa red, conocida como Club del Trueque Zona Oeste, con distancia variable de la RGT, a veces muy cercana a ella, otras no tanto, crece en número y extrema su creatividad para diferenciarse de los franquiciadores originales. Estamos en camino de encontrar las 200 redes que se han detectado en el país, algunas provinciales, otras regionales, mos-

trando el extraordinario poder de multiplicación de algunas ideas. La constante es que, en el interior del país, o en el Conurbano, las redes y clubes que crecen o se mantienen estables son los que logran “frenar” el “avance devastador de La Bernalesa con sus arbolitos” (sic) y de alguna forma mantienen su autonomía y protección de los productores genuinos.

Cuando el 20 de diciembre del 2001 se produce la renuncia del presidente constitucional por presión popular, ocurre también un nuevo hito para la RGT, ya desbocada en su intento de controlar la “venta y distribución indiscriminada de arbolitos”, que empezaba a erosionar definitivamente la confianza en el sistema, a lo largo y a lo ancho del país: los clubes de trueque aparecen como la única salida fuera del control de una clase política bastante frágil desde el punto de vista de la confianza. Por los medios radiales, gráficos, televisivos y por Internet, empiezan a proliferar denuncias de “invasión” y “devastación” de la producción genuina de prosumidores que entregaban su trabajo a cambio de verdes papelitos, comprados muy barato, pero con los cuales nada podían adquirir. Paradójicamente, la gran prensa se obstina en seguir construyendo el “milagro argentino”, en realidad nada más allá que la multiplicación de sus bonos distribuidos sin control, y no advierte la explosión que se acerca.

En el Conurbano bonaerense, “franquiciar arbolitos” se convierte en el mejor “trabajo” del primer trimestre del año 2002, uno de los pocos mecanismos, aparentemente legítimos, de obtener algo de la escasa plata que escapó al “corralito”. Ello se hace a costa de que algo absolutamente previsible ocurra: una sobre-emisión descontrolada, asociada a una producción casi nula, provoca, en un primer

tiempo una hiperinflación y el *litro de aceite*, a tal índice del *riesgo trueque*, ¡alcanza los 1.000 créditos! Cuando el Club del Trueque festeja su 7º aniversario, la prensa no puede dejar de detectar la casi imposibilidad de “trocar” para los que vienen del interior del país. Pero lo que estaba pasando en el interior de las redes no mereció ninguna investigación seria. Quizás le faltó “masa crítica” para ser noticia.

Sólo que, analizado desde adentro, el “milagro argentino” aparece prístino como una *burbuja* tan increíblemente sencilla cuanto siniestra para lo que empezó siendo una forma de autoorganización de economía solidaria: *sobre-emisión, ¡acompañada de producción seca!*

El saber popular rápidamente aprende a “ponerle precio” a la producción agonizante con un cálculo aritmético y directo: si con \$2 compro 50 créditos y este objeto me cuesta \$2, para ganar algo, ¡lo vendo a 100 créditos para los que no compran créditos! La crisis se expresa con números dramáticos: muchos nodos cierran, otros, más prósperos, pasan de 500 socios a 40.

Cuando pequeños emprendedores deciden replicar en su escala la hazaña de La Bernalesa y empiezan a “franquiciar” lo que debía ser infranquiciable, es decir, empiezan a “emitir” como lo hicieron desde los primeros tiempos los “fundadores”, aparecen –según testimonios del mismo grupo original– los primeros *detenidos* por el delito de “falsificar” *tickets* trueque.

En realidad, a nuestro entender, habría que indagar acerca de las responsabilidades y pronunciarse sobre la gravedad de constituirse en “Banco Central” y luego “vender” los instrumentos de intercambio. ¿O intentar “imitar” el sistema para beneficio de otros grupos humanos, usando como “benchmarking” el modelo original?

Desde el sector público, empiezan a aparecer entonces –¿tardíos? ¿prematurados? ¿inconsultos?– proyectos de ley, en el nivel provincial y nacional, y de ordenanzas municipales. Algunos clubes, aislados en el interior, conmemoran no haber adherido a ninguna Red central y avanzan en su proceso de economía solidaria, utilizando moneda social local, oxidada desde siempre para disciplinar el dar y el recibir, para evitar la tendencia natural a la acumulación, no para ocultar la sobre emisión, como es el caso del Nodo Gente Linda, Provincia de Santa Fe.

Daniel Ilari, al respecto, escribe: “Nuestro «juego de dar y recibir», se inicia en noviembre de 1999. Me intereso por el tema al apreciar que era importante para reducir el desempleo, y al comunicarme con Buenos Aires, recibo información básica de la Lic. Heloísa Primavera y asisto a una de las ferias en Buenos Aires. Al comenzar en mi ciudad se adhieren un grupo de gente con cierta tónica espiritual, un grupo de yoga, un amigo contador católico y una amiga protestante y yo, que medito hace 20 años. Eso fue positivo en esa etapa que definíamos las reglas, porque siempre aparecen posturas de discriminar y olvidar los fines solidarios para convertir el club en una secta para los elegidos. Las características que lo hacen particular es que en mi ciudad no hay dirigentes, sino que la dirección está a cargo de una asamblea que se reúne semanalmente luego de una de las ferias, y en la que todo el mundo tiene voz, y voto tienen los que asistieron al menos a 2 de las últimas 4 asambleas. Hay un grupo de gente designada para limpieza, que van rotando semanalmente, y un grupo de colaboradores, que se encargan de que reine la armonía y el orden

en las ferias. Otra característica es que nuestro «punto», el billetito usado para intercambiar, va perdiendo valor y tiene vencimiento. Esto lo consideramos muy importante para que haya una óptima circulación y distribución de los puntos, la gente no ahorra, y sólo vende en la medida que necesita de los demás. Cada 4 meses, los participantes deben cambiar sus «puntos», y se les retiene un 5%, con un mínimo de 2 puntos por participante. O sea, si una persona cambia 100 puntos se le dan 95 de los nuevos, y si cambia 5 puntos, se le devuelven 3, porque el mínimo es de 2 puntos. Eso se hace para que los participantes sepan equilibrar lo que ganan con lo que gastan. De alguna manera, está castigado el que gana mucho y el que gasta mucho. El circulan-

te lo mantenemos, dando a cada participante nuevo, y una vez que demuestra que ha vendido, al menos 20 puntos en el mes, 3 cuotas mensuales de 20 puntos. En mi ciudad tenemos 3 proveedurías, a una distancia mayor de 15 cuadras una de otra, y ferias todos los días de la semana, en las que los participantes pueden comprar productos totalmente en puntos. Nuestro proyecto actual es invitar a participar a todos los comercios de la ciudad, permitiéndoles aceptar un porcentaje de la venta en puntos. Creemos que eso ayuda a fortalecer aún más nuestra moneda, y mantener la equivalencia de 1 punto igual a \$1. Las relaciones que tenemos con el medio son bien integradoras, haciendo honor a la tónica espiritual. Hemos integrado hasta a los que empezaron como

posibles enemigos, entre ellos: la vecina de la feria que se quejaba que le dejaban las bicicletas en el frente de su casa, hoy es una de las firmes asistentes a la asamblea y colaboradora, bromatología de la municipalidad, que dio 3 charlas para la gente que fabrica alimentos, la misma municipalidad, que acepta el 30% de la tasa municipal en puntos, y el centro comercial, al que hemos informado bien de las bondades del sistema y del beneficio para la economía local, hoy nos apoya”.

Se suceden denuncias por doquier, en los medios masivos, radios, llamadas telefónicas, pero principalmente en las listas de correo electrónico que parecen representar la única posibilidad de legitimar las distintas prácticas sociales en ese terreno nuevo.